

Resumen de la ley

¡Cuán precioso, oh Dios, es tu gran amor! Todo ser humano halla refugio a la sombra de tus alas (Salmo 36: 7).

LOS DIEZ MANDAMIENTOS, por ser de carácter moral, revela el carácter de Dios de manera más clara que otros tipos de leyes. De hecho, es un trasunto de su carácter: «La ley de Dios es santa, justa y buena, un trasunto de la perfección divina» (*El conflicto de los siglos*, p. 523). A través de ella podemos ver con más claridad cómo es Dios.

La Biblia nos dice que una de las características sobresalientes de Dios es el amor: «El que no ama no conoce a Dios, porque Dios es amor» (1 Juan 4: 8). Los mandatos de su ley deben, entonces, reflejar ese amor. Por eso el apóstol escribió: «El amor no perjudica al prójimo. Así que el amor es el cumplimiento de la ley» (Rom. 13: 10). Del mismo modo, cuando nuestro Señor resumió el Decálogo para contestar la pregunta sobre cuál era el mandamiento más importante, lo hizo en términos del amor: «Ama al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente y con todas tus fuerzas». El segundo es: «Ama a tu prójimo como a ti mismo». No hay otro mandamiento más importante que estos» (Mar. 12: 30, 31).

Por eso tratamos de ver el amor de Dios expresado en los Diez Mandamientos. De hecho, la ley del Señor estaba escrita en dos tablas de piedra, de modo que los primeros cuatro mandamientos se refieren al amor a Dios, y los otros seis al amor al prójimo.

La creación es una expresión de su amor: «“Dios es amor”, está escrito en cada capullo de flor que se abre, en cada tallo de la naciente hierba. Los hermosos pájaros que llenan el aire de melodías con sus preciosos cantos, las flores exquisitamente matizadas que en su perfección perfuman el aire, los elevados árboles del bosque con su rico follaje de viviente verdor, todos dan testimonio del tierno y paternal cuidado de nuestro Dios y de su deseo de hacer felices a sus hijos» (*El camino a Cristo*, p. 8).

Dioses ajenos

Dios es espíritu, y quienes lo adoran deben hacerlo en espíritu y en verdad (Juan 4: 24).

EL PRIMER MANDAMIENTO DEL DECÁLOGO es introducido con estas palabras: «Yo soy el Señor tu Dios. Yo te saqué de Egipto, del país donde eras esclavo. No tengas otros dioses además de mí» (Éxo. 20: 2, 3). La razón básica por la que Dios requiere fidelidad de culto, es que él redimió a su pueblo de la esclavitud. Él pretende el señorío sobre Israel y el derecho de propiedad, porque lo redimió de la esclavitud en la que se encontraba. En Egipto, los hijos de Israel se habían acostumbrado a la adoración de dioses falsos y a la idolatría del paganismo. Dios sabía que esto sería una gran tentación para ellos. Así que les aclaró que ellos le pertenecían, y que la adoración de otros dioses era inacceptable para él.

El ser humano, dice la Biblia, fue creado semejante a Dios (Gén. 1: 26). ¿En qué sentido era el hombre semejante a su Creador? No en su aspecto físico, sino en su dimensión racional y espiritual. El ser humano fue creado como ente pensante, con raciocinio y libertad. Es decir, era libre para pensar y actuar. Este aspecto racional del ser humano tiene una dimensión espiritual. Somos los únicos seres en este planeta que sabemos de la existencia de Dios y que tenemos la capacidad para comunicarnos con él. Lo podemos hacer a través de nuestra mente. Esto significa, entre otras cosas, que somos seres espirituales, y que, como tales, podemos entrar en contacto con Dios y él puede hacerlo con nosotros.

El Señor puso en nuestra naturaleza espiritual la necesidad de tener comunión con él. Para satisfacer esta necesidad espiritual, necesitamos de él. Tenemos hambre y sed de Dios. Solo él puede realmente satisfacer esa necesidad. Pensemos en esto: «El hombre, creado para ser compañero de Dios, puede hallar su verdadera vida y desarrollo únicamente en ese compañerismo. Creado para hallar en Dios su mayor gozo, en ninguna otra cosa puede hallar lo que puede calmar los anhelos de su corazón, y satisfacer el hambre y la sed del alma» (*Exaltad a Jesús*, p. 116).

Dioses falsos

Pero cuanto más lo llamaba, más se alejaba de mí. Ofrecía sacrificios a sus falsos dioses y quemaba incienso a las imágenes (Oseas 11: 2).

LA NECESIDAD ESPIRITUAL que tienen los seres humanos debe ser satisfecha, como lo son las demás necesidades, tanto físicas como emocionales. Satanás conoce bien esto, y ha ideado muchas maneras falsas de satisfacerla. La manera legítima de hacerlo es a través de la comunión con el Creador. En la búsqueda del compañerismo con el Dios verdadero hallamos satisfacción espiritual.

Pero, después de la caída de nuestros primeros padres, Satanás procuró que esa necesidad fuese satisfecha a través de diferentes dioses inventados por él. Fue así como condujo a mucha gente a adorar a los astros y las constelaciones: El sol, la luna y las estrellas llegaron a ser dioses favoritos de muchos. Otros fueron llevados por el astuto enemigo a adorar los fenómenos de la naturaleza, como el relámpago, la lluvia, las nubes, el fuego, la vegetación, el mar, los ríos, etcétera. Todavía hoy millones de personas se congregan junto a los ríos de la India, pues creen que son dioses que deben ser adorados.

Los antiguos egipcios adoraron a diferentes deidades encarnadas en animales e insectos, como el chacal, el cocodrilo, el buey, el escarabajo, etcétera. Nada de esto satisfizo su necesidad de Dios.

Los griegos y los romanos adoraban dioses en forma humana, y también tenían semidioses que eran el resultado de la unión de dioses con seres humanos. Cuando su adoración se volvió demasiado burda para su crecimiento intelectual, terminaron idealizándolos como virtudes y actividades humanas. De este modo adoraron a Zeus (la razón), Afrodita (el amor), Marte (la guerra), Esculapio (dios de la medicina), Cástor y Pólux (patrones de la navegación), Hermes (mensajero de los dioses).

«De todo lo que él ha creado, el hombre, la obra máxima de su creación, es el que más tremendamente lo ha deshonrado. En el juicio, los seres humanos aparecerán delante de Dios avergonzados y condenados, porque aunque se les dio inteligencia, raciocinio y la facultad del habla, no obedecieron la ley del Altísimo» (*Alza tus ojos*, p. 292).

Idolatría

Así dice el Señor: «¿Qué injusticia vieron en mí sus antepasados, que se alejaron tanto de mí? Se fueron tras lo que nada vale, y en nada se convirtieron» (Jeremías 2: 5).

SATANÁS HA TRATADO DE SUPLIR EL CULTO al verdadero Dios, que es lo que satisface genuinamente la necesidad espiritual del ser humano, a través de una enorme cantidad de dioses y señores. Es el deseo de Dios que su pueblo se aparte de ese culto idólatrico, porque es un invento satánico y no satisface la verdadera necesidad espiritual del hombre. Su culto conlleva engaños y elementos sutiles, que tienen la finalidad de apartar a la gente del verdadero Dios. Como es inspirado por Satanás, implica la adoración de los demonios. Pablo escribió: «¿Que el sacrificio que los gentiles ofrecen a los ídolos sea algo, o que el ídolo mismo sea algo? No, sino que cuando ellos ofrecen sacrificios, lo hacen para los demonios, no para Dios, y no quiero que ustedes entren en comunión con los demonios» (1 Cor. 10: 19, 20).

Un elemento que se halla en la misma raíz de la idolatría y tiene que ver con el poder de la contemplación. Este principio nos dice que «nos transformamos de acuerdo con lo que contemplamos» (*Cada día con Dios*, p. 92). El salmista, escribió de la futilidad de la idolatría, decía: «Semejantes a ellos son sus hacedores, y todos los que confían en ellos» (Sal. 115: 8).

La adoración de dioses paganos era mayormente una adoración objetiva, pero también implicaba una adoración mental. Sus adoradores, a través de la contemplación visual y el pensamiento, inconscientemente se asemejaban a sus dioses. No podemos elevarnos más allá de lo que contemplamos y de lo que adoramos. Lo que convertimos en objeto de admiración y contemplación, se vuelve nuestro modelo de acción. A través de Oseas, Dios dijo: «Cuando encontré a Israel, fue como hallar uvas en el desierto; cuando vi a sus antepasados, fue como ver higos tiernos en la higuera. Pero ellos se fueron a Baal Peor y se entregaron a la vergüenza; ¡se volvieron tan detestables como el objeto de su amor!» (Oseas 9: 10). ¡Tengamos cuidado con lo que contemplemos!

Contemplación y dignidad

*Por tanto, mis queridos hermanos, huyan de la idolatría
(1 Corintios 10: 14).*

LA DIGNIDAD HUMANA se rebaja por el poder de la contemplación de dioses falsos. Fuimos creados a imagen del Señor, y solo podemos conservar esa imagen si contemplamos al Dios verdadero. A través de la adoración, nos elevemos a él. Se nos dice: «Es una ley del espíritu humano que nos hacemos semejantes a lo que contemplamos. El hombre no se elevará más allá de sus conceptos acerca de la verdad, la pureza y la santidad. Los adoradores de falsos dioses revestían a sus deidades de cualidades y pasiones humanas, y rebajaban así sus normas de carácter a la semejanza de la humanidad pecaminosa. Como resultado lógico se corrompieron» (*Patriarcas y profetas*, pp. 79, 80).

En el monte Sinaí, el Señor hizo un pacto con su pueblo: él sería su Dios y ellos serían sus hijos (Éxo. 19: 1-8). El énfasis de este mandamiento se debía a que en Egipto ellos se habían acostumbrado a la idolatría, y esta los había incapacitado para adorar a Dios. En realidad, la familia de Abraham en Mesopotamia no había adorado al verdadero Creador como debieran haberlo hecho. La religión que practicaron era muy perniciosa: Mezclaron el culto a Dios con costumbres religiosas paganas. Esta mezcla del culto pagano hacía que la familia de Abraham en Mesopotamia tuviera una religión idólatra.

Cuando Jacob regresaba de Padan-aram, hizo un pacto con su familia para deshacerse de todo vestigio de idolatría: «Entonces Jacob dijo a su familia y a quienes lo acompañaban: “Desháganse de todos los dioses extraños que tengan con ustedes, purifíquense y cámbiense de ropa. Vámonos a Betel. Allí construiré un altar al Dios que me socorrió cuando estaba yo en peligro, y que me ha acompañado en mi camino”. Así que le entregaron a Jacob todos los dioses extraños que tenían, junto con los aretes que llevaban en las orejas, y Jacob los enterró a la sombra de la encina que estaba cerca de Siquem» (Gén. 35: 2-4). Esto revela cuán perniciosa y sutil es la idolatría.

Ama al Señor tu Dios

Y todo el que por mi causa haya dejado casas, hermanos, hermanas, padre, madre, hijos o terrenos, recibirá cien veces más y heredará la vida eterna (Mateo 19: 29).

CUANDO DIOS SACÓ AL PUEBLO DE ISRAEL de la esclavitud, tenía el propósito de librarlos de la idolatría egipcia y prepararlos para enfrentar la idolatría en Canaán. El primer mandamiento es en realidad una síntesis de la primera tabla de la ley, que expresa la lealtad que el hombre debe a Dios. Esa es la razón por la que Moisés, más tarde, dijo al pueblo: «Ama al Señor tu Dios con todo tu corazón y con toda tu alma y con todas tus fuerzas» (Deut. 6: 5). Eso quiere decir que Dios debe tener el primer lugar en nuestra vida. Nuestro Señor verbalizó esto mismo, cuando dijo: «El que quiere a su padre o a su madre más que a mí no es digno de mí; el que quiere a su hijo o a su hija más que a mí no es digno de mí» (Mat. 10: 37). Aun las lealtades más íntimas tienen que ceder paso a la lealtad que debemos a Dios.

Jesús, sin embargo, corresponde a esa lealtad con fidelidad: «¿Quién es mi madre, y quiénes son mis hermanos? —replicó Jesús—. Señalando a sus discípulos, añadió: “Aquí tienen a mi madre y a mis hermanos. Pues mi hermano, mi hermana y mi madre son los que hacen la voluntad de mi Padre que está en el cielo”» (Mat. 12: 48-50). Pero cuántas veces demostramos con las cosas pequeñas de la vida que nuestra lealtad no está dedicada a Dios. Cuántos «compromisos» tenemos que revelan que Dios no es lo más importante para nosotros.

Hoy ya no tenemos que arrodillarnos delante de un ídolo para violar este mandamiento. Notemos: «El Señor del cielo no reconoce como hijos suyos a los que guardan en su corazón cualquier cosa que ocupe el lugar que únicamente Dios debería tener. Muchos se inclinan ante la complacencia del apetito, mientras que otros lo hacen ante el vestido y el amor al mundo, y les conceden el primer lugar en el corazón» (*A fin de conocerle*, pp. 320, 321).

Dioses sutiles

**Entonces Jacob dijo a su familia y a quienes lo acompañaban:
«Desháganse de todos los dioses extraños que tengan con ustedes,
purifíquense y cámbiense de ropa» (Génesis 35: 2).**

LA MAYORÍA DE LOS CRISTIANOS NO TIENEN la tentación de adorar ídolos, como los pueblos de la antigüedad. Satanás ha introducido dioses más sutiles para apelar a la mentalidad moderna. Una manera fácil de violar el mandamiento de no tener dioses ajenos, es llevar al exceso lo que en sí es bueno: «Cuando llevamos hasta el exceso lo que en sí mismo es bueno, nos convertimos en idólatras [...]. Cualquier cosa que separe nuestros afectos de Dios, y disminuya nuestro interés en las cosas eternas, es un ídolo» (*A fin de conocerle*, p. 321).

Podemos caer en la idolatría al tener ideas y procurar aficiones: «Es igualmente fácil hacer un ídolo de ideas u objetos acariciados como fabricar dioses de madera o piedra» (*Exaltad a Jesús*, p. 137). Sí, hay otros dioses más sofisticados que los que adoraron los antiguos. El apóstol Pablo nos dice: «Su destino es la destrucción, adoran al dios de sus propios deseos y se enorgullecen de lo que es su vergüenza. Solo piensan en lo terrenal» (Fil. 3: 19). «Porque el amor al dinero es la raíz de toda clase de males. Por codiciarlo, algunos se han desviado de la fe y se han causado muchísimos sinsabores» (1 Tim. 6: 10).

Muchos no tenemos tiempo para estudiar la Biblia, ni para orar o para asistir a los cultos, porque gastamos gran cantidad de tiempo en practicar deportes, ver televisión o asistir a reuniones sociales. Nos olvidamos fácilmente que Dios debe ser el primero en nuestra vida. Algunos trabajan mucho, tal vez horas extras, o consiguen un segundo trabajo, y no tienen tiempo para orar y estudiar la Biblia con la familia. Trabajar, jugar y socializar son cosas importantes, pero si nos quitan el tiempo que debemos dedicar a Dios, se convierten en otro dios. Se nos dice: «Todo lo que sea objeto de pensamientos y admiración indebidos, que absorba la mente, es un dios puesto por encima del Señor» (*Hijos e hijas de Dios*, p. 58).